

ocho años, y era hija de M^a Sofia Gay, muger superior, si bien de escasa nombradía.

Esta señora era contemporánea de esas cuatro ó cinco modelos femeninos de descomunal belleza y celebridad histórica que aparecieron en Paris despues de la caída de Robespierre, como flores llenas de brillo y lozanía prodigadas simultáneamente en el mismo año por la naturaleza, para cubrir y tapizar el suelo ensangrentado por la guillotina. M^a Tallien, M^a Beauharnais, M^a Recamier y M^a Gay, componian una pleyada de bellos ídolos griegos que permitieron al pueblo de Paris soñar en una nueva Atenas. Este ameno grupo formó la transición entre la libertad purificada por la sangre, y la gloria militar virgen aun del despotismo; sonrisa fugitiva pero hechicera de la Francia entre dos accesos de llanto.

XIII

M^{ma} Gay, tan viva, tan graciosa y tan chispeante en su conversacion como su hija, habia recibido de la naturaleza un corazon lleno de bondad, ternura y generosidad, al paso que un alma dotada de un denuevo entusiasta, un heroismo sublime, y una amistad que no podia hacer mella el hacha de la guillotina. Esta muger poseia un corazon viril en un pecho femenino; pero como su juventud habia despuntado en un tiempo de corrupcion, no tenia en mi concepto mas que un defecto; y era una franqueza escesiva y

aun hasta indiscreta, que la inducia á atropellar á veces esa delicadeza que se llama decoro. En efecto, esta buena señora habia conservado la franqueza trágica de ideas, actitud y acento de aquel interregno llamado en Francia el Terror, y parecia arrostrar todo recato como habia arrostrado el cadalso. Mas romana que francesa, esa época de cataclismo habia formado su carácter con el cual se armonizaba naturalmente.

Su alma, arrebatada é impetuosa en el primer momento, se estravasaba esplosiva, y, mientras duraban las erupciones de su corazon, lo hollaba todo enagenada, todo lo embestia, escandalizando la escrupulosa pusilanimidad del mundo: tal era el único defecto que podia achacársele, pero este defecto se hallaba compensado por tanto vigor de sentimiento y tanta elegancia de conversacion, que nada era mas fácil que la indulgencia en cuantos la conocian, quienes acababan por amarla hasta en sus defectos.

XIV

M^{ma} Gay idolatraba á su hija, en quien se veia renacer, y, vivamente impresionada por las disposiciones que manifestaba por la poesía, la habia cultivado como una esperanza postrera de celebridad doméstica para quien nació con el deseo de gloria, y llegó al ocaso de la vida sin saborearla plenamente.

Este triunfo póstumo y desinteresado, gustado en

la persona de su hija, es tal vez la mas simpática de todas las fragilidades humanas, pues la vanidad se confunde con la ternura, y el amor maternal la vanidad santifica.

M^{ma} Gay se habia constituido voluntariamente el pedestal de su hija, á quien, á pesar de la ironía que excitaba en sus amigos su escesaiva solicitud maternal, no se saciaba en producir y ponderar, deseosa de verla envidiada por sus numerosas perfecciones : pero ¿puede darse una flaqueza mas inocente y mas desinteresada que la de querer deslumbrar al mundo con un prodigio desprendido de sus entrañas?

Las otras hijas de M^{ma} Gay, que no iban en zaga á la menor por las gracias y talentos, se hallaban ya casadas, y habian por consiguiente cesado de animar por su presencia el hogar doméstico; así todo lo veia reverdecer la buena señora en la persona de Delfina. Agréguese á esto la predileccion natural de las madres por los frutos postreros que dieron á la luz y á la vida, quienes, de preferencia á sus primogénitos, parecen ser acreedores á ocupar entre caricias el regazo materno, pues la historia de Benjamin es antiquisima como el mundo.

Por otra parte, M^{ma} Gay, despues de haber poseido una opulenta fortuna, se veia reducida á una existencia menos que mediana, sostenida por el trabajo literario, tan mal remunerado á menudo; y la tierna madre que se inquietaba por su hija á quien temia dejar la miseria, se lisonjaba al mismo tiempo que una labor resultante de la asociacion de dos talentos

podria acarrear algun bienestar á la casa, y que el mérito poético de su hija le confiriria una aureola de gloria que podria servirle de dote. Tales eran las esperanzas que ocupaban el corazon de esta escelente madre, pero el mundo se obstina en interpretar con malignidad las mismas virtudes.

XV

Entretanto crecia y formábase la niña en la sociedad de celebridades contemporáneas de ambos sexos, y entre otras de M. de Chateaubriand y de M^{ma} de Staël, excediendo en atractivos y talentos á cuanto habia soñado el corazon de una madre. La amable criatura habia aprendido á sentir y á hablar en verso, poseyendo la imágen en los ojos, la armonía en el oido, la pasion en presentimiento en el corazon, el brillo y la agudeza en el discurso. Así sus estrofas pintaban, cantaban, lloraban, brillaban, trinaban como los poéticos gorgéos del ave que prueba su canto á media voz sobre el borde del nido, y cuyas notas futuras escuchamos en el florido abril. Al mismo tiempo le enseñaban á recitar esos versos á los literatos amigos que frecuentaban la casa, con esa voz, esa mirada, ese gesto que truecan en magia la poesía emitida por los labios de una niña donosa, y confunden en un mismo foco la admiracion y el amor.

Estos versos, aprendidos de memoria y repetidos en varias casas por los amigos de M^{ma} Gay, habian coronado de una celebridad precoz el nombre de Delfina; pero esta gloria doméstica no podia bastar á la madre.

XVI

Era la época en que se habia efectuado la restauracion de los Borbones, y la poesía, resorte comprimido en las almas, habia retoñado con la libertad. M^{ma} Gay, cuyos antecedentes y opiniones la ligaban al partido legitimista, condujo á su hija á casa de la duquesa de Duras y de algunas otras señoras superiores de la época, advirtiéndole que los salones, cerrados y mudos bajo el imperio, se vengaban de su forzoso y prolongado silencio por un culto apasionado por los ingenios que prometian á la familia reintegrada en el trono un nuevo siglo de Luis XIV.

El mismo soberano era letrado y poeta, y la era de los Borbones, como el tibio y balsámico soplo de la primavera, daba vigor y lozanía á los ingenios que despuntaban. M^{ma} de Staël y M. de Chateaubriand daban el diapason: la primera de la libertad aristocrática, el segundo del entusiasmo dinástico; y ambos cultos se confundian en esas reuniones casi académicas en que el talento constituia la primera dignidad de ambos sexos.

La jóven Delfina fué acogida como la Aurora del

Guido, por todas las gracias del dia, respirando por do quier un entusiasmo que como una atmósfera la envolvía. Una de las pruebas que mas atestiguan la incorruptibilidad de su bella naturaleza, es que su brillante acogida la inundó de contento, mas no infatuó su razon. Su modestia la preservó del devaneo que acarrea la continua lisonja, y esta misma modestia la inducía á rebajar los continuos loores que un exceso de idolatría inspiraba al orgullo maternal. Por otra parte una de las calidades dominantes de su inteligencia era un tino exquisito combinado con una sensatez suprema, que le hacia atribuir á su juventud y hermosura la mayor parte del incienso tributado en apariencia á las promesas que inspiraba su ingenio; sentimiento que admirablemente reprodujo en una poesía intitulada *la Dicha de ser bella*.

XVII

En época tan feliz fué cuando compuso la mayor parte de sus poemas, recogidos despues bajo el humilde título de *Ensayos poéticos*. Inútil juzgamos reproducir algunos fragmentos selectos, pues ¿de qué sirve citar lo que vive en la memoria general? Lo solo que puede achacarse á esta poesía es el de hallarse impregnada en demasía del aire de los salones, aire demasiado cálido y artificial para comunicar al arte ese temple enérgico tan necesario á la imaginacion como al carácter del númen; aire

en que triunfante campea el *esprit*¹, genio familiar en exceso y corruptor del verdadero genio que vive á la luz del sol; aire que reviste la poesía de un barniz de primor y elegancia, mas la despoja de su verdadera grandeza. Los grandes acentos requieren grandes espacios, grandes movimientos del alma, grandes pasiones; y una jóven educada en los salones de Paris, no puede elevar su voz fuera del alcance de la sociedad reducida y remilgada que la rodea. Si Safo no hubiese pasado de una dama elegante en la corte de Persia, no hubiera conocido la posteridad esos diez versos, esos diez carbones llamados desprendidos de su corazón que aun deslumbran y queman despues de tantos siglos los ojos de los que los leen.

XVIII

Pero los versos juveniles de M^a de Girardin poseian cuanto podía permitir la esfera que habitaba, como muelles susurros, castas imágenes, intenciones delicadas, garbo decoroso, asomos de pudor velados por el estilo. Lo único que, en nuestro concepto les perjudica, es el excesivo *esprit*, que puede considerarse como el azote de la Francia: « ¡O santa

¹ Lo que designan los Franceses bajo el nombre de *esprit*, es una mezcla, ó, por mejor decir una combinacion intima de chiste, *do-naire*, garbo en el pensar, brillantez espontánea en el decir, y á menudo cierto sabor epigramático, sin término correspondiente en nuestro idioma.

« bohería, exclamaba un gran juez de los poetas de
« su tiempo, cuan preferible es tu sencillez ingénua
« á todas esas sutilezas alambicadas que no valen un
« grito de la naturaleza! »

Pero el esquisito gusto de la jóven poetisa la ponía al abrigo del abuso, y de cuando en cuando se refugiaba en el seno de la naturaleza, protestando contra el pliegue artificial que imprimía la sociedad á su ingenio.

Por otra parte este exceso no perjudicaba á la ternura del corazón de la doncella, que aspiraba á un esposo digno de su mano, pues es el amor es la abnegacion por excelencia. Me acuerdo de haberla visto en la mañana que siguió á una noche pasada en vela, al lado de la cuna de un niño enfermo, hijo de la condesa O'Donnell su hermana. Todo el corazón de una madre se leía en esa fisonomía febril y en ese rostro pálido y desencajado. Tal fué la ocasion de algunos versos que le dirigí al dia siguiente.

Comienzan éstos por algunas estrofas en las cuales le expresaba yo la sorpresa del caminante que, al ver brillar á lo lejos, las nevadas y escarpadas cimas de los Alpes, queda atónito al cerciorarse, á medida que se acerca, que estas empinadas cumbres juzgadas heladas é inhabitables, recelan en sus pendientes valles templados y amenos en que ostenta su gala naturaleza, prodigando los frutos y las flores¹.

« Allí encuentra enagenado de alegría, praderas

¹ Como á todo el mundo consta, la traduccion en verso es necesariamente infiel y desfigura completamente el pensamiento del autor,

cenando la afelpada alfombra, mientras que sus ojos verdes y risueñas en que paze incauto el cordero, cer-

efecto de las permutaciones continuas á que obligan la cadencia y la rima.

Esta razon hubiera sido mas que suficiente para haber seguido un rumbo opuesto, si no mediase otro motivo aun mas poderoso que nuestros lectores fácilmente adivinan. En efecto, sustituir nuestra humilde versificación á las estrofas de M. de Lamartine tan melodiosas y tan impregnadas de poesia, hubiera sido una temeridad ridicula y un sacrilegio imperdonable.

Asi hemos creído oportuno á pesar de poseer cierta facilidad en rimar, traducir en prosa libre esta poesia insertando adjunto, y en beneficio de nuestros lectores, el original francés.

Il y trouve, ravi, des solitudes vertes,
Dont l'agneau broute en paix le tapis velouté,
Des vergers pleins de dons, des chaumières ouvertes
A l'hospitalité;

Des coteaux de velours, d'ombrageuses vallées,
Et des lacs étoilés des feux du firmament,
Dont les barques sortant des anses reculées
Rident le flot dormant.

Il entend les doux bruits de voix qui se répondent,
De murmures confus qui montent des hameaux,
De cloches de troupeaux, de chants qui se confondent
Avec les chants d'oiseaux.

Marchant sur les tapis d'herbe en fleur et de mousses :
« Ah! dit-il, que ces lieux me gardent à jamais!
« La nature a caché ses grâces les plus douces
« Sous ses plus hauts sommets. »

Ainsi les noms qu'au ciel la renommée élève
De leur éclat lointain semblent nous consumer,
Jalouse de ses dons, la gloire leur enlève
Tout ce qui fait aimer!

Ainsi, quand je te vis, jeune et belle victime
Qu'un génie éclatant choisit pour ton malheur,
Je cherchai sur ton front le rayon qui t'anime,
Et je fermai mon cœur.

divisan huertos que prodigan sus dones, y cabañas que brindan con la hospitalidad. Allí brillan collados que

Mais un jour, c'était l'heure où le soin du ménage
Retient la jeune fille à son foyer pieux,
Où l'on n'a pas encore composé son visage
Pour l'œil des curieux.

Les meubles dispersés dans l'asile nocturne,
La lampe qui fumait, oubliée au soleil,
Étaient ce désordre, emblème taciturne
D'une nuit sans sommeil.

Des harpes et des vers, souvenirs d'une fête,
Des livres échappés à des doigts assoupis,
Et des festons de fleurs détachés de la tête
Y jonchaient les tapis.

La veille avait flétri de ta blanche parure
Les plis qu'autour du sein le nœud pressait encor ;
Tes cheveux dénoués jusques à la ceinture
S'épandaient en flots d'or.

Ton visage était pâle, un frisson de pensées
De ton front incliné lentement s'effaçait ;
Comme sous un fardeau trop lourd, ta main glacée
Sur tes genoux glissait.

Au bord de tes yeux bleus tremblaient deux larmes pures :
La pervenche à ses fleurs ainsi voit s'étancher
d'eux perles de la nuit, que les feuilles obscures
Empêchent de sécher.

Sur tes lèvres collé ton doigt disait : Silence!
Car l'enfant de ta sœur dormait dans son berceau,
Et ton pied suspendu le berçait en silence
Sous son mobile arceau.

La mort avait jeté son ombre passagère
Sur cette jeune couche, et dans ton œil troublé,
Dans ton sein virginal, tout le cœur d'une mère
D'avance avait parlé.

Et tu pleurais de joie, et tu tremblais de crainte ;
Et quand un seul soupir trahissait le réveil,
Tu chantais au berceau l'enfantine complainte
Qui le force au sommeil.

tapiza el césped, valles que baña trasparente sombra, de lagos cristalinos se refleja el firmamento azulado que esmaltan innumerables estrellas, y cuyas durmientes aguas solo arrugan las negras barcas que desembocan de ensenadas remotas. Allí escucha los susurros suaves de voces que entre sí dialogan; los murmullos confusos procedentes de las aldeas; el son metálico que producen los cencerros de los rebaños; los cantos que se confunden con los trinos y gorgoros de las aves.

« Al hollar la muelle alfombra de musgo que flores miles salpican : « Ah! se dice, si en estos lugares « pudiese sepultar mi existencia! » Naturaleza se complace en ocultar sus gracias mas seductoras en las cumbres mas inaccesibles.

.....
 Ah! qu'un autre te voie, enfant de l'harmonie,
 Trouvant que sur les cœurs un empire est trop peu,
 Lancer d'un seul regard l'amour et le génie,
 La lumière et le feu!

.....
 Pour moi, quand ma mémoire évoque ton image,
 Je te vois l'œil éteint par la veille et les pleurs,
 Sans couronne et sans lyre, et penchant ton visage
 Sur un lit de douleurs.

Je t'entends murmurer ces simples cris de l'âme
 Que l'amour maternel apprend à ressentir,
 Et ces chants du berceau que la plus humble femme
 Sait le mieux retenir.

Et je dis dans mon cœur : « Écartez cette lyre!
 « De la gloire à ce cœur le calice est amer :
 « Le génie est une âme, on l'oublie; on l'admire,
 « Elle saurait aimer. »

« Asi los nombres que al cielo sublima la fama parecen consumirnos con su fulgor lejano, pues celosa de sus dádivas, los despoja la gloria de todo cuanto el amor despierta. Asi cuando por primera vez te vi, joven y donosa víctima, en quien por propia desgracia se hospeda un genio resplandeciente, busqué en tu frente el rayo que te anima y cerré mi corazón.

« Pero un día, en la hora en que el primor hacendoso piadoso retiene á la doncella junto al hogar doméstico, en esa hora en que aun no ha tenido tiempo de acicalar su rostro para el ojo de los curiosos advenedizos.

« Los muebles dispersos en el nocturno asilo, la lámpara humeante olvidada á la luz del sol, todo acusaba ese desorden, emblema taciturno de una noche sin sueño. Como testigos de una fiesta pasada, divisaba la vista, sembrados en torno, harpas, versos, libros escapados de dedos entorpecidos por el sueño, y ramilletes de flores desprendidos de la cabeza. El desvelo habia ajado algun tanto los pliegues de tu blanco traje que aun sugetaba el nudo en torno del seno, y tu cabellera se derramaba sobre tu cintura como una cascada de oro. Pálido estaba tu rostro, un enjambre de pensamientos revoloteaba en torno de tu frente; y, como obedeciendo á un peso invisible, tu helada mano se deslizaba sobre tu rodilla. En tus párpados brillaban temblorosas dos lágrimas cristalinas : tal centellea en la violeta el aljofar nocturno cuya evaporacion impide la sombra que proyecta la bóveda formada por las oscuras hojas